



7 de diciembre de 1879

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Madre María Eugenia

Mis queridas hijas:

Hoy celebramos la Fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen. No tengo que recordaros todo lo que la Iglesia cree y enseña sobre este misterio de pureza, belleza, santidad, misterio que comenzó toda la vida de la Santísima Virgen. Algo me lleva a volver sobre ciertas lecciones que pueden seguirse para nosotras, en todas las penas y dificultades de la vida.

Nosotras, somos concebidas en el pecado. Llevamos en nosotras lo que los teólogos llaman *la morada del pecado*¹, es decir, una inclinación al mal, una fuente envenenada que está en nuestra naturaleza caída. Si no ha producido en nosotras grandes pecados, porque hemos sido sostenidas y preservadas por la gracia de Dios, ha producido al menos una multitud de malas inclinaciones, faltas, imperfecciones, por lo que la Iglesia ha condenado a los autores que afirman que es posible abstenerse de todo pecado venial.

Santa Teresa se burla muy gratamente de uno de sus hermanos que había hecho voto de no cometer jamás ningún pecado venial." ¿Cómo has hecho este voto? le dijo. "¡Si aún fuera no hacer ningún pecado venial deliberado!" Pero no caer en ningún pecado venial no es de esta vida, porque estamos sujetos a una serie de imperfecciones y errores involuntarios, como resultado del desorden causado en nosotros por el pecado original.

Nuestra desgracia, por lo general, es que no tenemos una idea bastante verdadera de estas manchas y, en consecuencia, no nos despreciamos lo suficiente, no hacemos una resolución bastante enérgica para luchar contra nosotras, y no aceptamos con la debida generosidad todos los medios por los que Dios quiere purificar este pozo envenenado dentro de nosotras.

No sé si podré plasmar bien mi pensamiento. Pero para haceros una idea de lo que puede y debe ser esta purificación, os recordaré que Santa Catalina de Génova decía que después de haber servido a Dios durante mucho tiempo, fue sometida por el amor y la justicia de Dios a una tal purificación, a tal sufrimiento interior, que estaría más

¹ Fomes peccati

dispuesta a cruzar las llamas de un brasero ardiendo, que permanecer en el estado en que Dios la había puesto.

De la misma manera San Juan de la Cruz, hablando a las almas ya despojadas de las cosas de este mundo y tratando de subir la montaña de la perfección, les indica un estado que él llama *noche oscura* y en el cual dice que Dios, acercándose al alma, la purifica de una manera terrible.

Es posible que muchas de vosotras no hayan experimentado nunca esta dolorosa e íntima purificación, esos estados ante los cuales los santos parecían decir que era lo más difícil de soportar. Santa Juana de Chantal afirmó que puede ser un martirio que se soporta en el alma. Cuando le preguntaban cómo se llega a este martirio: *Dad*, respondió ella, *vuestro consentimiento a Dios, y lo sentiréis*. Ella también había sido purificada por la mano todopoderosa de Dios en lo más profundo de su alma.

Parto de aquí para llegar a la comparación con la Santísima Virgen. La Santísima Virgen, por el contrario, comenzó donde almas como Santa Catalina de Génova, San Juan de la Cruz y Santa Juana de Chantal han terminado. Concebida pura y sin mancha, María no necesita ser purificada: posee todas las virtudes y toda la santificación a la que llegan los santos, cuando han pasado por las pasivas purificaciones que Dios les impone.

Para nosotras, hermanas mías, nuestra miseria interior es que nacemos en el pecado, que hemos vivido durante un cierto número de años en un estado que obviamente daba lugar a tal pecado en lugar de a tal otro. Tomemos el orgullo por ejemplo. Muchas personas han sido orgullosas en el mundo y todavía lo son, incluso en religión. El orgullo es, por desgracia, un pecado habitual. Pero sigamos la serie de los pecados capitales, que son como las raíces terribles que nos ha dejado el pecado original.

Algunas personas no son caritativas, realmente no tienen en el fondo del alma disposiciones de indulgencia, de perdón, de bondad. Quizás hay muchas más que no son pacientes, ni mortificadas, ni dulces. Así sucesivamente para todos los pecados capitales. Toma solamente aquellos que se encuentran más en las almas que no han caído en los excesos del mundo.

¿Quién de entre nosotras podría afirmar que nunca consintió al orgullo, a la impaciencia, a la inmortificación, a juicios severos sobre el prójimo, a cualquier falta contra la caridad, a la pereza? Realmente la encontraría bienaventurada.

Sin embargo, solo se puede disfrutar a Dios y unirse a él en el cielo. cuando todas estas manchas, todo lo que queda de estas malas disposiciones han sido enteramente purificadas en el alma. Vosotras comprendéis entonces que el amor de Dios ha encendido el fuego del purgatorio, para que las almas que salen de este mundo con faltas, y sin haber pasado por esta purificación íntima de la que os acabo de hablar sean, sin embargo, capaces de unirse a él y poseerlo.

Para nosotras, que no quisiéramos quedarnos siglos en el purgatorio, la cuestión no es de ganar todas las indulgencias posibles: la cuestión es consentir en todo lo que Dios quiere de nosotras, para purificarnos de nuestras imperfecciones, nuestros vicios y nuestras faltas. En esto tenemos que trabajar, en la medida en que Dios nos da la luz a través de nuestras superiores o de las personas que reconocen faltas en nosotros.

También es confesarnos muy miserables y sin ninguna virtud, y reconocer que necesitamos toda clase de purificaciones, y considerar las pruebas, humillaciones, dolores y la sequedad interior que nos llegan, como muy poca cosa en comparación de todo lo que necesitaríamos para purificarnos.

Cada cruz es una gracia. Si las consideráramos como tales, haríamos que las cruces que Dios nos envía produzcan todo el efecto que pueden tener en nuestra alma para hacerla pura, santa y hacernos seguir a la Santísima Virgen desde lejos. Esto es lo que debería ser, pero en general sucede lo contrario. Los otros conocen nuestras faltas mucho mejor de lo que nosotras mismas las conocemos. La sabiduría humana decía, con La Fontaine, que tenemos un bolsillo delante para las faltas de los demás y que llevamos las nuestras en el bolsillo trasero; es profundamente cierto.

¿Quién es el que siempre acepta los juicios de los demás sobre él? ¿Quién se beneficia siempre de este primer medio de purificación? Esto no es muy común. Si primero reconocemos las faltas que otros encuentra en nosotros; si entonces admitimos la pequeña opinión que tienen de nosotras; si nos ponemos en nuestro verdadero lugar, que es muy pequeño en este mundo, muy imperfecto delante de Dios; si nos reconociéramos pecadoras, imperfectas, cayendo ahora a la derecha, ahora a la izquierda, llevando una vida que no merece elogios, aunque por supuesto nos gustan; si finalmente trabajáramos con rectitud de voluntad, de fe, de confianza, para corregir todas nuestras faltas, todas nuestras imperfecciones, para luchar contra las malas disposiciones que están en nosotras - saldríamos de este estado que todavía está contaminado y que es tal que si Dios nos sacara ahora de este mundo, no iríamos derechas al cielo.

Si de repente sonara un cañonazo y nos llevara tal cual estamos, ¿quién de nosotras iría directa al cielo? Esta, sin embargo, debe ser nuestra gran ambición. Busquemos, por tanto, como fruto de esta fiesta de la Inmaculada Concepción, hacer pura nuestra alma a través de la humildad, el esfuerzo, la confianza. Digo confianza. Es absolutamente imposible para nosotras hacer este trabajo por nosotras mismas. Para esto necesitamos la gracia y la ayuda de Dios. Cuando Dios quiso purificar a los santos de los que antes os hablé, él mismo vino a inflamar sus almas. Por lo tanto, es necesario poner una gran confianza en Dios, recordando que nos ama, que somos hijos de la Santísima Virgen, que quiere ver en nosotras la imagen de María y que si comenzamos a odiar el pecado dentro de nosotras, Él lo odia mucho más.

Aquel que es nuestro Salvador, que murió por nosotras, quiere vernos lejos de cualquier tipo de mal. Quiere vernos llenas de este bien de la pureza más de lo que nosotras mismas lo queremos. Él también quiere que se la pidamos con mucha confianza y que, reconociendo nuestra impotencia, nos apoyemos sin cesar en Dios y que cooperemos en sus propósitos. Dios tiene sus designios para cada una de nosotras.

Las dificultades que podemos atravesar, los dolores más severos que podemos experimentar, todo lo que nos cuesta es un designio de Dios sobre nosotras, por medio del cual quiere hacer una obra definida en nuestra alma. Pero, ¿estamos ayudando en este trabajo?

Santa Catalina de Génova afirma que el alma que se presenta ante Dios, teniendo todavía impurezas, se precipita por sí misma en las llamas del purgatorio, tan ansiosa está por purificarse y aparecer pura ante Dios.

Si, poseídas por este deseo, tomamos así las penas de aquí abajo, las humillaciones, nuestro carácter, nuestra salud, todos los acontecimientos de la vida, avanzaríamos enormemente en esta obra de purificación que acabo de proponeros, a imitación de la Santísima Virgen, ya que ninguna de nosotras puede reclamar esta maravillosa y primera gracia por la cual fue creada sin ninguna contaminación, libre de todo mal de cualquier tipo.

